

La «Tercera Antología»

Tenemos a la vista su «Tercera Antología Poética» (Madrid 1957), que lleva como cifras indicadoras las de 1898 y 1953, y un retrato por Sorolla, de Zenobia Camprubí Aymar. Cubre toda la órbita que media entre el volumen «Poesía» (1898) y «Ríos que se van» (1953). Son 39 libros los ahí seleccionados. En el prólogo expone Juan Ramón su criterio sobre su arte, reproduciendo lo ya dicho a don Manuel Morente, casi cuarenta años atrás: «¿Qué es entonces sencillez y qué espontaneidad? Sencillo entiendo que es lo conseguido con los menos elementos; espontáneo, lo creado sin «esfuerzo». Pero es que lo bello conseguido con los menos elementos sólo puede ser fruto de plenitud, y lo espontáneo de un espíritu cultivado no puede ser más que lo perfecto... La perfección en arte es la espontaneidad, la sencillez del espíritu cultivado».

Más, he aquí el prodigio: la primera composición de Juan Ramón es ya perfecta, por sencilla, espontánea y plena. Dice así — y data de 1898.

Alba

Se paraba
la rueda
de la noche...

Vagos ángeles malvas
apagaban las verdes estrellas.
Una cinta tranquila
de suaves violetas
abrazaba amorosa
a la pálida tierra.

Suspiraban las flores al salir
de su ensueño
embriagando el rocío de esencias.
Y en la fresca orilla de helechos
rosados,
como dos almas perlas,
descansaban dormidas
nuestras dos inocencias
—¡oh qué abrazo tan blanco y
tan puro!—
de retorno a las tierras eternas.

Es increíble casi. Pero, los tonos, colores, melodía, obsesión, suavidad, sencillez, que aparecen en estos versos de los 17 años, mantendrán su vigencia, quintaesenciándose hasta los que escriba a los 77, o sea, sesenta años después. Pero, sin monotonía, entiéndase, con esa incomparable e insustituible frescura del verdadero poeta. Después vendrá la gracia a acrecentar esos logros. Vendrán las maravillosas acuarelas de sus Parques, don-

de cada palabra responde a un deber estético, donde cada adjetivo se ajusta como la piel al hueso, transparente y vivaz.

Y allá sobre las magnolias
en el traslúcido cielo
de la tarde, brilla y tiembla
una lágrima lucero.
El jardín vuelve a sumirse
en melancólico sueño,
y un ruiseñor, dulce y alto,
gime en el hondo silencio.

O esta suavísima queja de «Nocturno»:

¡Qué triste es llorar, sin ojos
que contesten nuestras lágrimas,
estando toda la noche,
como unos ojos mirándolas!

O esa endecha de ternura infantil

Y me ofreció su mejilla
como quien pierde un tesoro.

Esta sencillez prístina y precoz, plenitud de maestro, devuelve al romance español toda su esplendidez íntima, sacándole de los ruidos bélicos a que nos habituó el romance del Cid. De donde brotan, naturalmente, el de Jorge Guillén y el de García Lorca, verdad que aquél más abstracto y éste más pintoresco, pero ambos siguiendo el compás invisible de Juan Ramón, a quien, más tarde, (ya en «Laberinto», de donde eliminará la Elegía a Georgina Hubner) ganará el ritmo de su época, el alejandrino modernista, tan parecido al francés y tan distinto del de Berceo y su descendencia.

El creador de estilo

Dentro de su molde, Juan Ramón halla variantes sustanciales. No es el suyo el drama del escritor, que crea un estilo y se hace sudario de él. Juan Ramón busca perennemente, como que vivió en perenne poesía. Zenobia, dicha sea de paso, ella tan poética también, le sacrificó su lirismo para darle la prosa necesaria a aquel «dulce y alto» ruiseñor que no cesó de cantar un solo día. Por eso Jiménez acierta con toda forma poética, y da al hai kaiun temblor único, menos pictórico más intenso que el de Tablada y los imitadores del Japón. Por ejemplo:

Amor

Ten cuidado
cuando besas el pan.
¡Que te besas la mano!

Nada más, y está dicho todo y más que todo, pues llega a lo más profundo.

Y este otro: poemita de «Eternidades».

Cierra, cierra la puerta
como a ella le gustaba...
¡Que se encuentre a su agrado
su recuerdo!

Este gozo de crear y esta maestría simplísima se mantiene hasta el último poema de la «Antología», en que borda sin cesar el tema de Zenobia y el color de oro de sus cabellos:

Mientras que yo te beso, su rumor
nos da el árbol que mece al sol
de oro,
que el sol le da al huir, fugaz tesoro
del árbol que es el árbol de mi
amor.

No es fulgor no es ardor, y no es
altor
lo que me da de ti lo que te adoro,
con la luz que se va; es el oro, el
oro,

es el oro hecho sombra; tu color...
El color de tu alma: pues tus ojos
se van haciendo ella, y a medida
que el sol cambia sus oros por sus
rojos
y tú te quedas pálida y fundida;
sale el oro hecho tú de tus dos ojos
que son mi paz, mi fe, mi sol: ¡mi
vida!

Camino desde Juan Ramón

De la poesía de Juan Ramón, partieron, como de la de Rubén, diversas tendencias. En el Perú, la promoción que debió ser la modernista, la de José Gálvez, «Juan del Carpio», «Alejandro Herrera», y José Lora y Lora, el propio Ventura García Calderón, no eludió el impacto de la poesía jimeñiana. Pero, ya alto el sol de este siglo, en Colombia, un vasto movimiento poético, el de los «piedracielistas» arranca de un libro de Juan Ramón: «Piedra y cielo», datado en 1918. Caracteriza ese libro la extrema simplicidad. Canciones breves, compendiosas, donde una figura arrebatada pensamiento e intención, dejando vibrar como una espada su golpe, vivo el resplandor de la estocada. Uno de esos poemas, el titulado «El Poema», dice nada más que así:

¡No lo toques ya más,
que así es la rosa!

Consejo falaz, que Juan Ramón retocó siempre y cada día sus versos, comunicándoles en cada ocasión el nuevo mensaje de concisión, rica de significados, que le venía de lo alto y de lo hondo.

Pocos poetas han sido más fieles a su misión. Juan Ramón no habría tam-